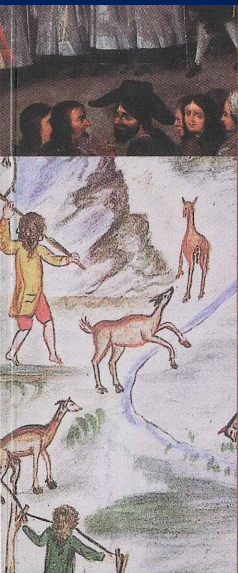




El hombre y los Andes

Homenaje a Franklin Pease G.Y.

Capítulo 55



Javier Flores Espinoza
Rafael Varón Gabai (editores)



Tomo II

Este libro corresponde al tomo 161 de la colección Travaux de l'Institut Français d'Études Andines (ISSN 0768-424X)

© Por el Fondo Editorial de la
Pontificia Universidad Católica del Perú
Plaza Francia 1164, Lima-Perú
Teléfonos: 330-74 10, 330-74 11
Telefax: 330-7405
Correo electrónico: feditor@pucp.edu.pe

Derechos reservados

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

ISBN: 9972-42-512-6 (rústica)
No. de Depósito Legal: 1501052002-5220 (rústica)
ISBN: 9972-42-513-4 (tela)
No. de Depósito Legal: 1501052002-5221 (tela)

Impreso en el Perú - Printed in Peru
Primera edición, diciembre de 2002

Fotografía de solapa

Franklin Pease García Yrigoyen en el decanato de la Facultad de Letras de la Pontificia Universidad Católica del Perú, en noviembre de 1998. Archivo Franklin y Mariana Pease.

Fotografías de carátula

Peruviae Auriferae Regionis Typus (1574), Diego Méndez. Biblioteca Nacional del Perú
Don Felipe Túpac Amaru I (siglo XIX), Anónimo. Museo Nacional de Arqueología,
Antropología e Historia del Perú

El Inicio de la Procesión (siglo XVII), Anónimo

La Procesión del Corpus Christi en el Cuzco. Arzobispado del Cuzco (Fotografía: Daniel Giannoni)

Chaco de vicuñas (detalle). *Trujillo del Perú (siglo XVIII)*, Baltasar Jaime Martínez Compañón (Fotografía: Daniel Giannoni)

Descensión de la virgen al lugar sagrado del Sunturhuasi, Anónimo. Iglesia del Triunfo, Catedral del Cuzco (Fotografía: Colección Privada)

FLORES ESPINOZA, Javier F., ed.
El hombre y los Andes. Homenaje a Franklin Pease G.Y./
Javier Flores Espinoza y Rafael Varón Gabai, eds.--
Lima: PUCP, 2002.

/PEASE GARCÍA YRIGOYEN, FRANKLIN/BIOGRAFÍAS/BIBLIOGRAFÍAS/
POBLACIÓN INDÍGENA/INDÍGENAS/ CONQUISTA/COLONIA/
ETNOHISTORIA/HISTORIOGRAFÍA/ICONOGRAFÍA/ETNOGRAFÍA/
ARQUEOLOGÍA/ANTROPOLOGÍA/HISTORIA/PERÚ/COSTA/SIERRA/
HISTORIA DEL ARTE/HISTORIA ECONÓMICA/HISTORIA DEMOGRÁFICA/
LINGÜÍSTICA/CRÓNICAS/

La hispanidad de la temprana Lima barroca: amerindios, morenos y marranos

“Lima es el Perú”

Con esta muletilla, los limeños afirmaron otrora su superioridad. El resto del país les parecía demasiado elevado, demasiado indio, algo rústico. En décadas recientes, los inmigrantes de la sierra han borrado la mayoría de estas distinciones. ¿Fueron válidas alguna vez? Aquí llevamos el problema de vuelta a la década de 1630. ¿Cuán “europea” o “andina” era la ciudad en ese entonces?

Para los españoles (los blancos), hubiesen nacido en América o Europa, Lima sí era el Perú, tanto estadística como subjetivamente. En su diario de 1629-39, el clérigo José Antonio Suardo ignoraba, por lo general, lo sucedido fuera de la ciudad. Al narrar las condiciones en 1629/1630, el franciscano Buenaventura de Salinas y Córdova, el jesuita Bernabé Cobo y el carmelita Antonio Vázquez de Espinosa unánimemente coronaron a Lima como la “cabeza” y la “corte” del Perú.¹ De los tres, sólo Salinas era hijo de la tierra y un firme nativista sospechoso de sedición (Lavallé 1982, II: 1207-10), pero a pesar de todo veía a Lima como “nuestra Europa”, con su plaza y principales conventos como los mejores *de* Europa (Salinas 1957: 258, 197, 200, 252). El conde de Chinchón, virrey entre 1629 y 1639, compartía estos sentimientos: jamás viajó fuera de la ciudad —ningún virrey lo hizo después de Francisco de Toledo (Bakewell 1984: 61)— y no ocultaba su preferencia por

“esta misma Ciudad de los Reyes donde resido que es lo más granado y rico de todas las provincias del Perú, que de otras muy poca noticia tengo, si no es la general de ser tierras muy pobres” (AGIL 43, 10 de mayo, 1632).

A la inversa, alababa a los “caballeros muy ilustres” de Lima, sus eruditos académicos, caritativos mercaderes y sus “representantes [factores] que pudieran parecer bien en la Corte” (A Villena, 394, 388v y sigts).

1 Salinas (1957: 104 [*metrópoli y cabeza*]); Cobo (1956b, II: 282, 319 [*emporio y corte*]); Vázquez (1948: § 1226 [*corte y metrópoli*]). Fechadas por Cobo (1956b, II: 305, 333, 389); Vázquez (1948: §§ 1237, 1299); Salinas (1957: 188, 190, 201, 208, 225, 229, 246, 267, 293).

Estadísticas y escenarios

Estadísticamente, Lima era el Perú de los blancos. Vázquez contabilizó unos 17,000 vecinos españoles en el territorio de la audiencia de Lima (aproximadamente el Perú actual), de los cuales nueve a diez mil vivían en la capital colonial (Hardoy y Aranovich 1969: 184, 189). Aunque los indios predominaban en el país, para Lima el virrey declaraba 27,394 residentes en 1636, de los cuales 13,620, o 49.7%, eran negros, y 11,088 (incluyendo los hombres de Iglesia), o 40.5%, eran blancos (Bowser 1974: 341). Con apenas 861 mulatos y 377 mestizos, está claro que la cuenta ignoraba a no pocos “cambios de raza” furtivos. Y sus 1,426 indios no incluían al barrio indio del Cercado.

También se subestimaba a negros y blancos. Los tres frailes cronistas (Salinas 1957: 246; Cobo 1956b, II: 306; Vázquez 1948: §1226) atribuían a Lima entre 40 y más de 60,000 habitantes. Fuera del evidente entusiasmo de los cronistas y la probable pereza de los empadronadores, estas discrepancias reflejan delimitaciones geográficas. La ciudad yacía en medio de un valle trapezoidal de cincuenta kilómetros (“casi diez leguas” según Calancha 1938: 71), de Ancón a Pachacamac en la costa, y hasta veinte (“tres leguas” según Cobo 1956b, II: 299) tierra adentro desde el puerto del Callao. En realidad todo eso era Lima: un oasis abierto en donde, al igual que hoy, la frontera entre regadío y desierto importaba mucho más que la división entre ciudad y campo. La legislación de aguas de 1617, que prolongó el milenar orden prehispánico, perduró hasta 1911 (Domínguez Faura 1988: 121; Günther y Lohmann 1992: 25-39, 81 y sigt.).

Esta extensión más amplia de la metrópoli ayuda a explicar las divergencias en los informes. Los indios del valle siguieron perdiendo sus tierras, que pasaron a astutos colonos respaldados por curacas hispanizados (Charney 1991: 301-11; Lowry 1991: 62-65, 71). Para 1630, la mayoría de los siete u ocho asentamientos indios de 1615 (Lewin, ed., 1958: 56-65; Vázquez 1948: §1295; Cobo 1956b, II: 299) habían cedido el paso a “más de docientas y veinte chacaras” (Salinas 1957: 158). Muchas eran minifundios de españoles, indios y castas (Vergara Ormeño 1995: 24). Pero no faltaron las haciendas y, para trabajarlas, se importaban cada año más de mil esclavos negros bozales (AGIL 162, Hernando de Valencia, s.f. [abril de 1634]: fol. 2v; Bowser 1974: 73, 77 y sigt.). Cobo (1956b, II: 306) estimaba que de “treinta mil negros esclavos de todos sexos y edades, la mitad, poco más o menos, residen lo más del tiempo en las chacras y heredades deste valle”.

La incorrección numérica de los blancos se debía a su notoria *wanderlust* (Cook 1990: 41). Tanto Vázquez (1948: §1226) como Cobo (1956b, II: 306) aumentaban a sus vecinos con “los entrantes y salientes”. La transitoriedad caracterizaba al puerto del Callao, un componente virtual de Lima, a la cual estaba sujeto (Concejo Provincial de Lima 1935-64, XXIII: 186 y sigts., 241). Vázquez (1948: §1290) le asignaba “700 vezinos españoles sin gran número de gente que de ordinario acude a él”. Cobo (1956b, II: 358) duplicaba sus mil vecinos del Callao sumando los hombres en la paga real, y añadía “quinientos indios” con “más de dos mil negros”.

La traza triangular de Lima, de hasta veinticinco manzanas que corrían de este a oeste, y catorce hacia al sur desde el río Rímac, se ha conservado bastante bien. Cada manzana medía 125 metros junto a calles de once metros de ancho (Cobo

1956b, II: 302, 306; Vázquez 1948: §1227; Tizón y Bueno 1935, I: 401). Sin embargo, en las afueras había “cuadras desiguales y algunas calles torcidas sin salida”, con “ranchos viles de indios y gente de servicio” (Cobo 1956b, II: 306). Más allá surgía “la inmensidad de arboledas” e “infinitas huertas” (Salinas 1957: 109, 113).

Cobo (1956b, II: 305 y sigt., 353, 358) contó cuatro mil casas en la ciudad, con seiscientas en el barrio de San Lázaro, cruzando el río, doscientas en el Cercado indio, y ochocientas más en el Callao. “Muchas de las casas son bajas y sencillas por amor [sic.-Ed.] a los temblores, el edificio generalmente de adobes” y, si bien las de altos y bajos lucían “vistosos balcones y ventanas” (Salinas 1957: 109) con “su portada vistosa”, escondían sus riquezas adentro de sus “grandes patios” (Cobo 1956b, II: 307). Pero había poca privacidad dentro de ellas debido a las habitaciones interconectadas (Mannarelli 1993: 93 y sigt., 114). Tres familias compartían a menudo este espacio (Cobo 1956b, II: 307 y sigt.). Los bajos podían subarrendarse a talleres. De muchas casas se hicieron callejones de cuartos, con familias enteras en una habitación (Durán Montero 1992: 187), incorporando la vida privada “al dominio público” (Osorio 1999a: 199).

Circundando la plaza central, a dos y tres cuadras, cinco macizos monasterios dominaban el horizonte. Cada uno ocupaba por lo menos una manzana y albergaba de 130 a 250 frailes. En total, 1,120 monjes vivían en catorce casas (Vázquez 1948: §§1244-59; Cobo 1956b, II: 417-28; Salinas 1957: 208, 217, 225, 229, 243). En 1637, los seis conventos de Lima alojaban 1,074 monjas y 1,145 sirvientes (Lavallé 1982, I: 28). La Encarnación, hacia el borde sur de la ciudad, albergaba más de setecientas monjas y esclavas; la Concepción y Santa Clara, quinientas cada uno (Cobo 1956b, II: 429, 431, 433; Salinas 1957: 197 y sigt.; Vázquez 1948: §§1260, 1262, 1265). Los sirvientes de ambos sexos eran mayormente castas, las monjas y frailes todos blancos.

Espanoles

Aunque demasiado numerosos para ser parte de la elite —muchos eran de veras proletarios—, los españoles de Lima conformaban el grupo dominante. Eran la “norma”, cuya raza no necesitaba ser designada. Así, los documentos notariales únicamente especifican las demás castas. Al afirmar Salinas que “no hay en esta ciudad y reynos del Piru muger alguna que hile”, se refería desde luego a las blancas (1957: 250, compárese con 255). Blancos también eran los residentes cuyos apodos Suardo conserva: Pío Quinto, el Niño Sabio, Empedradora, Cristovalote, el Cruel, Capotillo, Matacajas, Frasquillo, el Africano, Juana la Gorda (1936, I: 16, 27, 71, 125, 181, 198, 296; II: 20, 24, 75 y sigt.), así como Bogoviche, el temible criminal demente (I: 33 y sigt., 90-94).² Suardo (1936, II: 16, 43) únicamente llama “blancos” a los españoles en dos ocasiones, y sólo en yuxtaposición a “negros”. Sólo dos veces registra españoles públicamente azotados: el uno por huir de la leva a Chile, el otro por sodomizar a un negro (1936, II: 15, 102). El reo fue ade-

2 Los africanos deben haber sido tan africanos como los veteranos de Flandes eran “flamencos”. Bogoviche recuerda a Bezeguiche, al oeste de África (Andrada, 1990: 51, nota 2) pero —al igual que los demás blancos— su verdadero nombre (“Niculas Vicente”) aparece sin calificativo racial.

más enviado a las galeras, lo cual rara vez se hacía con los españoles “por la reputación y autoridad que es bien que tengan”. Así lo reiteró el virrey (AGIL: 42, GG 8, 31 de octubre, 1629; 43, GH, 2 de febrero de 1630; 45, Gb 33, 28 de marzo de 1634; 48, Gb 33, 9 de mayo de 1637).

La competencia entre españoles enfrentaba a la gran mayoría de criollos (Salinas 1957: 169; A Villena: fol. 388v) con los inmigrados. Los criollos se sentían agraviados por los intrusos, ya fuese como busca-cargos o como busca-fortunas. Salinas (1957: 246, 161) lo expresó con sorna limeña:

“En llegando a esta Ciudad de Reyes todos se visten de seda, decinden de ... Archigodos, van a Palacio, pretenden rentas y oficios.” [Además,] “conozco muchos que auiendo comenzado con diez y doze pesos de trato en vna petaquilla debaxo de los ombros por las calles rotos, pobres y afamados en ocho y doze años an adquirido ochenta mil y cien mil pesos y otros ... quatrocientos mil ducados”.

Sin embargo, a diferencia de hoy, el término “chapelón” no marcaba al peninsular sino tan sólo al recién llegado (Vázquez 1948: §§144, 456, 726; Suardo 1936, II: 161). Al novato se le ridiculizaba, hasta compararlo con los bozales.³ Pero los peninsulares “añejos” se enorgullecían de su urbe adoptiva y compartían su “nobleza” (Carvajal y Robles 1950: silva 12, versos 36 y sigts.; 15, 47-56). Cinco llegaron a ser regidores, tres a ser incluidos entre la elite de 149 “caualleros y hijos de algo” (Caualleros; Bronner 1977: 646; 1978: 22).

Los españoles criollos veían en la Iglesia una fuente principal de empleo, ya que sucesivos concilios habían excluido convenientemente a las restantes razas de la ordenación sacerdotal (Nieto Vélez 1981: 11, 460 y sigt., 477). En 1630, todos los catedráticos de la universidad eran clérigos o abogados criollos. Sus egresados criollos ocupaban seis de diez canónjías y cuatro de seis prebendas en el cabildo catedralicio. También ocupaban varios puestos como obispos y oidores de la audiencia. Ese mismo año, don Fernando Arias Ugarte, nativo de Bogotá, pasó a ser arzobispo de Lima, culminando una carrera de varios obispados y servicios previos como oidor en la Audiencia de Lima (Salinas 1957: 169-80, 188 y sigt., 195). Pero la Iglesia no podía ocupar a todos: “En esta ciudad ay más de 300 clérigos vagantes”, informaba el arzobispo Arias en 1634 (Egaña 1966: 291).

Conventos, cofradías, castas

Los conventos e iglesias constituían el eje de la vida socioeconómica limeña. Otorgaban préstamos a bajo interés, de preferencia a terratenientes, quienes consideraban sus legados y las dotes de sus hijas a los conventos como “equivalentes a depósitos en un banco moderno” (Hamnett 1973: 114-19, 127, 130; Suárez 1993a: 261; 1993b: 171 y sigt.). Y por lo general fundaban capellanías dentro de Lima y el Callao (Burga 1989: 34-37).

3 AGN/C 75 Cuaderno 285, fol. 837, testimonio del 28 de marzo, 1623: “Arancibia es un mozo de burla ... Era como negro bozal que auia tres meses que ... auia benido de España y Bizcaya”. Vázquez (1948: § 1757): “burlas a los Chapeltones o bisoños”.

Más aún, los conventos, así como las iglesias, patrocinaban y albergaban cofradías. Estas omnipresentes hermandades religiosas acumulaban activos y brindaban respaldo y status a sus miembros. Unían a castas, artesanos y paisanos. Éstos, de Extremadura, Burgos y el país vasco, tenían cada uno la suya (Celestino 1992: 168-71, 188 y sigt.). Los blancos pertenecían a veinticinco cofradías, los negros y mulatos a diecinueve, los indios a trece, con cinco más de los vecinos pueblos “que salen en las procesiones”. Cobo (1956b, II: 455 y sigt.) señaló esto, enumerando las cofradías por el nombre de su santo y su afiliación parroquial o conventual. Según Vázquez (1948: §§1426, 1248), dos cofradías, la del Rosario en el convento dominico y la de la Concepción en el franciscano, dotaban anualmente a un total de diecisiete o dieciocho huérfanas. Según Cobo ambas cofradías eran españolas, y seguramente también lo fueron las novias.

“Los Sastres Españoles”, anotaba Salinas (1957: 255), “tienen cincuenta tiendas como consta de las juntas de su Cofradía”. Fue fundada en la capilla de la Concepción del convento franciscano mayor. Allí los sastres maestros elegían anualmente a los funcionarios del gremio, los cuales reglamentaban las tiendas, tomaban examen a los candidatos y ayudaban a los miembros menesterosos con préstamos y entierros. Sus ordenanzas de 1636 enlazan “gremio” con “cofradía” y “hermandad”. Los plateros y los tiradores de oro vincularon sus gremios a la Hermandad de San Eloy en 1633 y 1640, respectivamente (F. y G. Quiroz Chueca 1986: 7 y sigts., 149 y sigt., 161 y sigt.). En 1630 ponían los toques finales al coro de su capilla en San Agustín (Cobo 1956b, II: 421), y en 1633 enterraron allí a Antonio Ruiz Barragán, colega y “notable benefactor” (Suardo 1936, I: 282).

Los gremios (que excluían a las mujeres: Charney 1998: 388) estaban, pues, ligados a las cofradías, pero éstas no tenían que ser gremios. En el Callao, Suardo (1936, II: 67, 142) menciona “la cofradía de los soldados de aquel presidio”, además de “los gremios de toda la gente del mar”. También señala (1936, I: 101; II: 148) la preeminencia de un entierro en la capilla de la cofradía catedralicia de la Santa Veracruz, y la participación de “sesenta de las señoras más principales de esta Corte” en la Cofradía del Ángel de la Guarda, fundada donde los mercedarios. La Cofradía del Santísimo Sacramento de la catedral, que Cobo (1956b, II: 45) enumera en primer lugar y Vázquez (1948: §1238 y sigts.) alaba, simbolizaba una cúspide social. A sus festividades asistían el virrey, la audiencia, “la nobleza de esta ciudad” y —como concesión a la solidaridad social— la cofradía de los esclavos. Para no ser superados, desfilaban “todos los mercaderes del comercio” de la Cofradía de la Piedad “y cada uno llebó por delante sus negros con achas encendidas” (Suardo 1936, II: 166). Por “piedad” léase “caridad”, hermandad ligada a los mercedarios que reunía a los comerciantes aún antes de que tuvieran gremio. La misma mantenía el hospital de San Cosme o de la “Caridad” para mujeres, educaba a niñas indigentes, subsidiaba a “los pobres vergonzantes en sus casas —a todos los pobres españoles, indios, negros, y mulatos de ambas cárceles”, y hasta enterraba a los ejecutados (Rodríguez Vicente 1960: 102-106; Vázquez 1948: §§1268-71; Cobo 1956b, II: 455; Suardo 1936, I: 40; II: 122, 174, 191).

La conciencia de clase guiaba a los artilleros de la Hermandad de Santa Bárbara. En su acuerdo ante notario del 20 de mayo de 1632, sus 28 fundadores excluyeron a capitanes, contadores o veedores:

“No han de poder ser mayordomos, ni tener voto que por ser superiores se llebaran tras sí los demas hermanos”.

De ser ascendido a uno de estos rangos, el miembro debía renunciar de inmediato,

“para que el mayordomo y demás personas que tubieren oficios en esta dicha hermandad sean personas llanas e yguales a los demás hermanos y que por temor ni respeto de personas dexen de tener efeto los buenos yntentos de los demás”.

Los miembros solteros pagaban un patacón al año y un real cada semana, los casados el doble. A cambio se aseguraban el entierro en una cripta de Santo Domingo. “Hermandad” y “cofradía” aparecen en el documento indistintamente, y la ausencia de etiquetas raciales implica que los hombres eran blancos (AGN/P, Pedro de Carranza, 1628/32: 667-75v).

Otras razas optaron por afiliaciones múltiples. Un zapatero indio se unió a cuatro cofradías, y una liberta de tres cuartos de morena entró a ocho de ellas (Celestino 1992: 168, 187; Harth-Terré 1973: 144 y sigt.; Mannarelli 1993: 247). Los afiliados se aseguraban así un entierro decente. Asimismo afirmaban su identidad y su posición social dentro de su casta. Al igual que los blancos acaudalados, a quienes excluían a veces, sus limosnas y legados constituían una inversión para obtener préstamos y conservar su propiedad (Charney 1998: 388 y sigt., 398 y sigt., 401-405).

Razas y oficios se entrelazan en la relación de Suardo sobre las festividades cuando el nacimiento del infante Baltasar. Desde noviembre de 1630 y hasta mediados de febrero de 1631, los limeños se recrearon con corridas, cohetes, carros, comedias y comidas a cuenta de los pasteleros, pulperos, asentistas de la carne, mercaderes, sombrereros, sastres, herreros, plateros y carpinteros, como también de los morenos, mulatos y *la universidad*. Suardo (1936, I: 113-44) llama gremio a los mercaderes, pero no así a los “mercachifles de los caxones”. Menciona a un sastre mestizo, a un negro que desafió “a todos los de su color y naciones”, pero omite a los indios, salvo que su fiesta para el virrey en la Magdalena también haya sido en honor del príncipe recién nacido. Todas las demás festividades tuvieron lugar en la plaza principal.

Un medio multirracial hispano

La vida cotidiana de Lima estaba asimismo centrada en la plaza. Allí, personas de toda casta, posición y sexo se entremezclaban en un tráfico íntimo e intenso. Dos hileras de toldos junto a la catedral daban sombra a mujeres indias, negras y de castas que ofrecían frutas, viandas y vegetales. El pan recién horneado se vendía a diario todo el año, las bebidas frescas en el verano. Negras y mulatas echaban chicha de sus jarras o botellas, y los negros aloja fría en cantimploras empacadas con “nieve” (hielo). Los arrieros traían fruta seca de la sierra. “Hombres españoles” laboraban como mercachifles y vendían higos, pasas y almendras, y los indios “mil menudencias” en sus “tenderijos”. Los notarios embutían las arquerías del cabildo. Junto a ellos, los almonederos vendían ropa vieja y artículos de hogar. Tiendas de sombrereros, sederos y demás artesanos colmaban el lado sur. Al norte, “por toda

la acera del palacio [virreinal] corre una hilera de cajones o tiendas de madera, arriadas a las paredes, de mercaderes de corto caudal". En medio de este "hormiguero", "passan en carroças las mugeres y mucha gente á pie de lo noble y principal de la Ciudad" (Salinas 1957: 158, 253 y sigt.; Cobo 1956b, II: 309 y sigt).

Este arco iris humano exhibía cierta unidad cultural. Los "hombres y mugeres" que el día de San Juan asistían al campo de los Amancaes "con meriendas e instrumentos de música" (Suardo 1936, I: 167), incluían "a la gente común y a la mecánica" (Salinas 1957: 111), y a "negros, zambos y mulatos" (Busto Duthurburu 1992: 299). "Todo el pueblo", "todo género de gente" y "gente de todos estados" se atropellaba para salir en las procesiones, ganar bendiciones e indulgencias, sepultar algún 'santo' o vitorear las ruedas de fuego (Suardo 1936, I: 83, 132, 158, 161, 168, 175, 218). Adoraban *un* Dios, acataban *un* rey, hablaban *un* idioma. Eran "hispanos".

"Indios españoles"

Esta hispanidad podría cuestionarse en el caso de indios y negros. Censados en 1613, los dispersos indios urbanos, los de fuera del Cercado, eran en su mayoría varones solteros: sastres, zapateros, jornaleros, sirvientes. Muchos fueron traídos aún niños, o llegaron, hispanizados ya, de la cercana costa y la sierra norte. Algunos habían residido años en Lima, o nacido en ella, adquiriendo casas y esclavos (Charney 1996: 9 y sigts., 1988: 5-33; Cook 1976: 38-42; Contreras 1968). Ninguno era idólatra a la Griffiths (1996) o Mills (1994b). Y los ejemplos de curanderas y brujas encontrados por Alejandra Osorio (1999a y b) definitivamente parecen europeos.

Cerca de 1615, Felipe Guamán Poma (1980a, III: 1128/1138) deploraba las costumbres hispanas de sus compatriotas indios de Lima y la liviandad de sus mujeres. Quince años más tarde, y con el Cercado en mente, Cobo (1956b, II: 353) alababa lo hispano del lenguaje, vestimenta y casas de los indios. El sesgo de ambos observadores tenía una base real. Aunque supervisado por los jesuitas, el Cercado conservaba su cabildo autónomo. Los hijos de sus nobles tenían su propio colegio, en tanto que los plebeyos enviaban a sus hijos a trabajar en casas de españoles como aprendices o criadas. Los recién llegados de las provincias engrosaban esta población y eran raros los casos de padrinos españoles, lo cual conservaba a la "comunidad" de ochocientas "almas de confesión" (adultos y adolescentes) hispanizadas (Charney 1996: 15 y sigt.; 1991: 299 y sigt.; Lowry 1988: 22-26; Harth-Terré 1973: 39 y sigts.; Suardo 1936, I: 17, 89, 174, 234, 283; II: 37, 89, 135, 172, 187). En el resto de Lima, la dispersión conducía al mestizaje en familias inestables. La cuenta de 1,426 indios en 1636 anunciaba una caída de casi dos mil desde 1614, de una duodécima a una vigésima parte de la población (Cook en Contreras 1968: VI-VII; Bronner 1979: 109, 115).

Negros hispanos

Los bozales conformaban una mayoría dentro de la mayoría negra. Si bien pocos hablaban castellano, usualmente trabajaban afuera en granjas, y más de la mi-

tad había vivido ya entre iberos (Bowser 1974: 72-79, 88, 93). Además, provenían de varias y antagónicas tribus. Pedro de León Portocarrero lo anotó agudamente ya hacia 1615: "Todos son enemigos unos de los otros lo que más asegura que no se alcen" (Lewin, ed., 1958: 40). Los bozales proveían el grueso de cimarrones y de asesinos de hacendados y mayordomos (Suardo 1936, I: 246, 250, 287; II: 109). Su captura le tocaba al provincial de la Santa Hermandad (Bowser 1974: 199 y sigt.), quien traía cada tanto sus cabezas o mandaba asaetearlos (Suardo 1936, I: 198, 206, 250; II: 24, 49, 88).

Dentro de Lima, el africanismo del campo se desvanecía. El barrio negro de Malambo surgió cerca de los barracones de cuarentena de San Lázaro. Pero había esclavos negros por toda la ciudad y circulaban libremente (Vila Vilar 1977: 154; Tardieu 1987: 294; Bowser 1974: 67, 107 y sigts., 333; del Busto Duthurburu 1992: 58 y sigt.). Más de una décima parte de ellos eran criollos. Sus cofradías estaban desgarradas por los conflictos: entre bozales y criollos, entre esclavos y libertos, entre la tropa de hermanos y los oficiales ladrones. Pero todos se peleaban *en español*. Los jesuitas consideraron catequizarlos en "el idioma de Angola" pero, frente al multilingüismo africano, abandonaron la idea, por lo menos en la ciudad (Tardieu 1993, I: 600-10; 1989: 322 y sigts).⁴

Los esclavos trabajaban en los astilleros del Callao como artesanos y armadores, marineros y tronquistas. Guardias esclavos perseguían a los cimarrones, en tanto que lacayos esclavos armados engrosaban la vanidad de sus amos (y los temores de los blancos). Las esclavas lavaban ropa, cocinaban, amamantaban (Bowser 1974: 78, 96, 100 y sigt., 126-32, 135, 196, 300, 333, 408 y sigt.; Tardieu 1987: 306 y sigt.): "Dan sus pechos a todos", creando lazos de ternura, diría Chinchón (AGIL 47, Gb 16 de octubre de 1636), y un gusto criollo por las negras, según León Portocarrero (Lewin, ed., 1958: 39). En realidad, la mulata encarnaba el ideal amoroso. Los hombres peleaban y mataban por ellas, que a su vez eran capaces de mutilar a una rival blanca (Suardo 1936, I: 114, 154; II: 91, 155).

Los esclavos respondían a lo desolador de sus vidas rebelándose o adaptándose. Ambos caminos llevaban a la asimilación. El fugado regresaba a menudo, y los fugitivos persistentes sobrevivían sólo mediante el trueque con sus antiguos amos o compañeros (Bowser 1974: 271, 330; Tardieu 1987: 297). Los esclavos adquirían propiedades e incluso compraban su libertad (Lohmann Villena 1987: 72-75, 85-88). La manumisión favorecía a las mujeres urbanas y las criaturas mulatas. Era a menudo parcial, condicional y contenciosa. "Para 1650, aproximadamente el 10% de la población de color del Perú era libre" (Bowser 1974: 274-78, 290-95, 298, 330 y sigts.) Los negros hispanizados compartían hogares con indios hispanizados y criaban hijos mezclados (Harth-Terré 1973: 132 y sigt., 144 y sigt.). Estos últimos, los *zambaigos* afro-indios, tenían fama de ser "los peores y más bajos" (Bowser 1974: 286).

A ojos de las demás razas, los negros y mulatos urbanos sobresalían como criminales. Guamán Poma los veía robando para pagar a indias ramerías o (las criollas)

4 Un devocionario en lengua de Angola fue impreso en Lima en 1629 (Vargas Ugarte 1953: 123, ítem 207).

para mantener amantes blancos (1980a, II: 709/723). El notario Diego Pérez Gallego (1945: 304) conocía “negros y mulatos horros o libres que sólo tienen por oficio hurtar”. Suardo menciona negros azotados y enviados a galeras por poseer chafarotes (1936, I: 61), negros que encabezaban fugas de la cárcel (II: 17, 40, 109), ladrones negros ahorcados (II: 152 y sigt., 178), y una cocinera negra que envenenó a su joven ama (II: 57). La horca acomodaba a todas las razas en conjunto (I: 246; II: 17 y sigt., 23, 109), pero en las riñas eran los negros quienes quedaban acuchillados (II: 10 y sigt., 14, 65).

“La actividad criminal probablemente no era más común entre los afroperuanos que entre los españoles de clase baja”, afirma Bowser (1974: 330). Es decir lo menos. Suardo consigna más de una docena de cuchilladas mortíferas o desfiguradoras por parte de blancos (1936, I: 18, 46, 80, 154, 160, 162, 193, 210, 295; II: 24 y sigt., 34, 155), además de un homicidio perpetrado por un sacerdote y otro en la catedral (I: 197; II: 186). Ningún rótulo racial se atribuye a los ladrones, asesinos y chulos de Suardo, burlonamente llamados *soldados* (1936, I: 114, 154, 160; II: 34, 102; Lewin, ed., 1958: 69), ni tampoco al personal naval que el virrey pensaba capaz de invadir Potosí si se les daba de baja sin pago (AGIL 42, Gr 65 del 24 de mayo de 1629: fol. 8v). En septiembre de 1629, el virrey decretó que “toda la gente vagabunda y ociosa que se halla en esta Corte” fuera encarcelada y enviada a Chile como “voluntarios” en la guerra araucana. “Y aunque muchos se han salido a toda prisa se han cogido algunos y entre ellos uno que llaman ‘*el niño sabio*’ grande tahir” (Suardo 1936, I: 27). Seguramente todos estos “soldados”, marineros y fulleros eran blancos. Pero el bajo mundo, donde los negros a menudo encabezaban los brotes carcelarios, parecería haber sido el segmento más armonioso de una sociedad racista.

Discriminación gremial y conventual

Los gremios eran en su mayoría blancos y exclusivos. Salinas registra muchísimos artesanos, todos blancos salvo por los zapateros y sastres. Cincuenta maestros sastres españoles se enfrentaban a más de un centenar de castas, y veinticuatro tiendas de zapateros españoles competían con 6 de mestizos y más de cuarenta de negros y mulatos, “con gran número de indios que se inclinan siempre a sastres y a zapateros” (Salinas 1957: 255 y sigt.). Ambos gremios proscribieron a los esclavos, los zapateros en 1562 y los sastres en 1636 (F. y G. Quiroz Chueca 1986: 67, 11). Dado que ningún esclavo podía poner tienda sin el respaldo de su amo, los artesanos españoles estaban de hecho luchando en contra de los inversionistas hispanos.

Pero sí tenían la raza en mente. En 1613 los prensadores de seda, y en 1616 los tintoreros, excluyeron a los libertos negros y (los segundos) a los mulatos. En dicho año los silleros prohibieron la venta de sus piezas por personas de otras razas. En 1634 los herreros y cerrajeros dispusieron “que ningún mulato, negro ni sanbaygo, horro ni esclavo, pueda ser admitido [porque] hacen llaves falsas”. Un oidor rechazó esta regla “porque no son ministerios de honor. Ni tampoco los esclavos se han de excluir. Limitarles a estas gentes las ocupaciones es obligarles a ser bagamundos”. Los oficios “nobles” eran más rígidos aún. En 1633 los plateros insistieron en que cada cofrade fuera “hijo o nieto de vecino”. ¡No había necesidad

de mencionar su raza! Y en 1640 los ‘tiradores de oro’ rechazaron a cualquier “extranjero a los reinos de España” (F. y G. Quiroz Chueca 1986: 28, 61 y sigts., 99 y sigts., 113-16, 151, 162).

Con todo, la necesidad vencía a los prejuicios. Surgió una zona gris en que se compartían ganancias entre maestros españoles y esclavos expertos, los que estaban en inmejorable posición para comprar su libertad (Bowser 1974: 329). Incluso la “noble” orfebrería fue confiada a esclavos con permiso del cabildo (F. Quiroz 1995: 37, 64; Concejo Provincial de Lima 1935-64, XXIII: 120, 151 y sigt., 244 y sigt., 247 y sigt., 261-64). “En 1625 Francisco Bañol, negro liberto, se presentaba a sí mismo en un documento legal como un ‘maestro herrero’ y abrió tienda sin interferencia oficial” (Bowser 1974: 132). Suardo menciona un platero mulato y un arraez mulato (1936, II: 23, 75 y sigt.). Y en 1639 un ebanistero mulato libre fue contratado para fabricar el coro de la catedral (Bowser 1974: 131).

Los mulatos ocupaban una posición sumamente ambigua, siendo españoles en su estilo de vida a la vez que fenotípicamente “africanos”. “Eran los racialmente mixtos los que ascendían en la sociedad española” (Bowser 1974: 321). Indudablemente algunos lo lograban inmiscuyéndose entre los españoles, otros por el empuje de su pericia. Ambos caminos se topaban con obstáculos. En su juicio de residencia el virrey Chinchón fue acusado, entre otras cosas, de haber aceptado al mulato Josephe Núñez de Prado como procurador de la audiencia, contra la oposición de sus colegas blancos. El virrey fue exculpado (AGIE 1189, Sentencia del 4 de julio de 1643). ¿Qué sucedió con Núñez?

Martín de Porres, el más célebre mulato de Lima, realizaba curas milagrosas como boticario de los dominicos. “Dominaba a su ambiente” pero jamás ascendió de donado (Busto Duthurburu 1992: 65 y sigts., 108, 119-22; Iwasaki Cauti 1994: 166-75). Falleció en 1639 y los testimonios para su beatificación comenzaron en 1660 (Cussen 1996: 281). Pero tuvo que esperar tres siglos para ser beatificado y canonizado.

Los esclavos de los conventos eran negros, en tanto que la “típica donada era pobre, analfabeta, casi sin excepción de las clases de sangre mixta, y condenada a una vida penosa” (Martín 1983: 185 y sigt.). Mientras que en la Europa medieval algunos donados alcanzaron los más altos cargos eclesiásticos (Boswell 1989: 296-309), en la Lima barroca las “sirvientas de color” *aspiraban* a ser donadas, un objetivo apenas realizable antes de 1700 (Lavallé 1982, I: 39).

Sinos y credos de mercaderes

Los comerciantes provenían en su mayoría de España. Ascendían de viajeros o cajeros a cargadores de ultramar. En 1613 consiguieron su consulado (Rodríguez Vicente 1960: 35) y gracias a un macizo contrabando quebraron el monopolio de Sevilla hacia 1627. Pero tuvieron que enfrentar alzas de impuestos, préstamos forzados y abiertas confiscaciones (Suárez 1993c: 489-97; 1995: 15-44, 57, 60, 77-81, 89-99).

Los comerciantes exitosos consolidaban sus fortunas mediante alianzas con funcionarios. En el México contemporáneo, más del tercio de las hijas de mercaderes del consulado se casaban con burócratas, y más del tercio de sus hijos obtenía

algún cargo (calculado en base a Hobermann 1991: 233). En Lima, el proceso creó camarillas con odores. Francisco Gutiérrez Coca, un activo mercader del gremio, nombrado uno de los 149 “caualleros y hijos de algo” (Caualleros; Rodríguez Vicente 1960: 383, 386, 407), fue cuñado del oidor Alonso Pérez de Salazar. Así protegido, hacía alarde de mujeriego en tanto que Salazar se valía de él para contrabandear esclavos y plata (AGIL 162, don Juan de Sandoual y Sotomayor al rey, 26 de mayo, 1635). Una queja anónima describe al oidor Gabriel de Gómez de Sanabria como un amante “incontinentísimo” que protegía a un sobrino asesino y a Gerónimo López de Sauedra, el deshonesto depositario general de la ciudad. Sanabria estaba vinculado al clan del tesorero Pedro de Jarava en Lima, mientras que en Madrid “lo cubría” su cuñado Rodrigo de Aguiar y Acuña, recién jubilado del Consejo de Indias (AGIL 162, 12 de abril de 1636).

Los traficantes comunes no tenían tal suerte. Estos “mercaderes de la calle” (Suardo 1936, I: 271; II: 128) sencillamente sobran. Veinte de ellos tenían almacenes en la “Calle de los Mercaderes”, más de doscientos “tiendas y caxones públicos donde se tragan todos los años de cinco a seys millones de ropa de Castilla y un millón más de ropa de México y la China” (Salinas 1957: 255). La gran vertiente anual del comercio era la partida de la armadilla en mayo o junio, tiempo de “muy grande bullicio y tráfigo”, de “plazos y pagos” (Cobo 1956b, II: 320) y desde luego de quiebras. Más de treinta sacudieron “la calle” en las tres décadas hasta 1639, dos de ellas catastróficas. En abril de 1630 Pedro Rodríguez de Mendoza cayó con una deuda de 470,000 pesos, mientras que en mayo de 1635 Juan de la Cueva se declaró insolvente por más de un millón, o sea la mitad de las rentas reales peruanas en dicho año (Rodríguez Vicente 1956: 709, 715; Suardo, 1936, I: 32, 65, 67, 80 y sigt., 235, 251, 271, 294; II: 24, 43, 80, 88, 119, 121, 124, 127).

Nacido en Sevilla, Cueva fue aprendiz de su hermano mayor, a su vez agente de mercaderes corsos. Desde 1608 viajó a las ferias de Portobelo. En 1615, cuando tenía unos 35 años, se estableció en Lima, abrió su propia tienda en la plaza (y no tan sólo en “la calle”), y a poco triunfaba con su banco público. “Mantenía conversaciones privadas con el virrey ... [y] tenía *casas principales* en el centro de la ciudad, criados, esclavos, carrozas y un lugar [de túmulo] ... en la Catedral. Era hermano del Hospital de la Caridad y mayordomo del Hospital del Espíritu Santo... [S]e esposó con una mujer de familia noble” (Suarez 1995: 46 y sigts., 51-56) Al final los jueces le mandaron construir “una xaula en un calabozo de la carzel” (Suardo 1936, II: 135).

Pedro Rodríguez de Mendoza quebró unas semanas antes de que el otro banco limeño suspendiera sus operaciones. El capitán Bernardo de Villegas había “restaurado” el hospital de Santa Ana (el de los indios), dado 180,000 pesos de dote para un yerno del hábito de Santiago y agasajado al virrey en su huerta. Cuando acaparó el mercado de la brea, el virrey no sólo le dio su casa por cárcel, clara señal de status, sino que lo salvó de cualquier confiscación. Un hermano del quebrado Rodríguez buscó asesinar a Villegas, pero Gregorio, el sicario mulato, se demoró y fue a su vez apuñalado y dejado por muerto (Suardo 1936, I: 41, 63, 77, 80, 281, 295 y sigts.).

Para algunos limeños adoptivos había calamidades adicionales. “A la una del día (del 11 de agosto de 1635) intervinieron los cavalleros más calificados desta

corte” para prender a dieciséis personas por orden de la Inquisición. Hasta julio de 1636 se detuvo a más de sesenta, en su mayoría tenderos portugueses (Suardo 1936, II: 91 y sigt., 106, 108 y sigts., 113 y sigt., 119 y sigt., 127 y sigts., 131 [diez fueron eventualmente liberados: II: 160, 176, 179, 183, 190, 198]). Todos fueron acusados de practicar ritos judíos, no obstante haber sido bautizados. En el auto de fe de 1639, doce fueron ajusticiados y 44 sufrieron penas menores. Fernando de Montesinos, testigo del evento, consignó las ocupaciones de los 49 hombres (una madre y su hija fueron las únicas mujeres). Cuarenta y cuatro se relacionaban con el comercio: 26 mercaderes, de los que diez también viajaban y uno estaba quebrado; nueve tenderos, tres agentes viajeros, tres mercachifles, dos “corredores zánganos” y un “caxero”. Quedaban tres cirujanos (¿barberos?), un “lapidario” (¿picapedrero?) y un sedero (quien también hacía de “sacristán de la congregación de los mancebos”). Además, uno de los mercachifles trabajaba como chacarero, cerero y confitero (Montesinos 1640: 131-43v). La impresión de presas de poca monta la confirman los embargos: sólo seis sumaban más de 50,000 pesos de a ocho (Quiroz Norris 1985: 414 y sigt., 435-56), y el total ni siquiera llegaba al dos por ciento de las rentas inquisitoriales en 1631-42 (Birckel 1970: 348).

El Cresco del grupo era Manuel Bautista Pérez, el principal tratante de esclavos de Lima, cogido en la primera redada. Hasta entonces su carrera semejava la de su amigo Juan de la Cueva. Nacido y educado en Portugal, Pérez ascendió de viajero en la ruta Guinea-Caribe a importador en Lima (AHNI 1647-13: fols. 246-49). Vivía lujosamente, era veinticuatro del Hospital de San Andrés, se confesaba diariamente con los jesuitas y donaba liberalmente a la Iglesia (Bowser 1974: 58 y sigts., 71; García de Proodian 1966: 183 y sigts., 388). Sabios clérigos frecuentaban su casa. Reunió más de cien pinturas y más de ciento cincuenta libros, mayormente sobre historia portuguesa, teología cristiana y literatura antigua y moderna. Sus cartas nada muestran de “judaizante”, un cargo que negó bajo tortura y hasta su misma ejecución (Guibovich Pérez 1990: 136-44; Medina 1956, II: 93; Reparaz 1976: 105-109). Nathan Wachtel (2001: 153 y sigt.) ha releído su juicio y reexaminado su colección de obras cristológicas. Su conclusión es que “[e]l cripto-judaísmo de Manuel Bautista Pérez, si fue tal, parecería más bien fundarse en el culto de la memoria que en una fe auténticamente religiosa, prefigurando en cierto modo una conciencia judía casi-secular”. Los motivos de sus verdugos han sido diversamente achacados a la codicia de los inquisidores, la rivalidad del Consulado o la reacción xenofóbica a un “imperdonable éxito económico” (respectivamente, Quiroz Norris 1985 y Millar Corbacho 1983; Cross 1978: 162 y sigts., y Ramos 1991: 81 y sigts.; y Reparaz 1976: 29 y sigts.).

La estereotipada equivalencia “portugués-mercader-judío” reaparece en una carta del mercedario Diego de Velasco de Tucumán (alrededor de 1620), en la que “ellos” supuestamente abundaban más que otros blancos (BPM 3286, ítem 4), y en la carta de los inquisidores de Lima (1626) que describe cómo “ellos” presumiblemente dominaban la calle de los Mercaderes (Medina 1956, II: 45 y sigt.). En verdad, el portugués promedio era seguramente un cristiano viejo. En Lima “se hallaron cerca de 500” (Lohmann Villena 1964: 95). Había, además, unos “raros” franceses (AGIL 47, Gb 23, 29 de noviembre, 1635), con otras nacionalidades

dispersas. Sólo los italianos siguen apareciendo en nuestro diario de Lima, siempre como “caualleros”. Al fin y al cabo Suardo, su autor, provenía de Bérghamo.⁵

Conclusión

Al igual que Suardo, los europeos no españoles de Lima se habían hispanizado. Los más eran portugueses, apenas “extranjeros” durante la unión ibérica (hasta 1640). Igualmente “españoles” eran los indios urbanos y, en general, los negros de la ciudad. Para todos ellos, la hispanidad era a la vez un requisito para el ascenso social (por limitado que fuese) y un objetivo deseable (como quiera que se le interpretase).

Para los españoles peruanos, la temprana Lima barroca era ya el centro de población, provechos, patronazgo y pulimento. El refrán “Lima es el Perú” parecía real al grupo dominante de la ciudad, tanto en la década de 1630 como en la de 1930. En ambos casos se da fe de lo contrario. Lima era un enclave dentro de la colonia, así como del imperio. Su hispanidad se esforzaba por alcanzar la “globalidad”, pero tan sólo subrayaba su exotismo local. Lima no era el Perú.

¡Pero Madrid tampoco era España! Sin embargo, “con su dominio de la vida económica, Madrid actuaba como un imán poderoso” (Thompson 1995: 156) y pronto sería aclamada por Calderón como “la patria de todos”. Lima se había convertido asimismo en la madre patria de todos los españoles del Perú. Sus regidores pretendían representar a toda la colonia y hasta cierto punto el virrey también jugueteaba con ello (Bronner 1966: 1163 y sigt., 1168 y sigt.). Es lícito decir que la ciudad representaba una precoz autoconciencia criolla peruana, y por ende “un germen de nacionalidad” (Glave 1993: 6). En ese sentido sí era el Perú.

(Traducción de Javier Flores Espinoza)

Fuentes manuscritas y abreviaturas

AGIE	Archivo General de Indias (Sevilla), Escribanía
AGIL	Archivo General de Indias, Audiencia de Lima
	Gb Gobierno
	GG Gobierno y Guerra
	GH Gobierno y hacienda
	Gr Guerra
	GS Gobierno secular
AGN	Archivo General de la Nación, Lima
	C Causas civiles
	P Protocolos
AHNI	Archivo Histórico Nacional (Madrid), Ramo Inquisición
BPM	Biblioteca del Palacio, Madrid

5 Comunicación personal del Prof. José J. Hernández Palomo.

- BUS-Risco Biblioteca de la Universidad de Sevilla, Colección Risco
 Caualleros Memoria de los caualleros y hijos de algo que ay en Lima.
 BUS-Risco, 330/122, folios 210-12 y 214-16 [dos copias].
 A Villena Chinchón al marqués de Villena, 3 de junio de 1637. BUS –
 Risco, 330/122, folios 377-95v.

Bibliografía

Fuentes impresas

- Andrada Castel Blanco 1990 [1590].
 Calancha 1938.
 Carbajal y Robles 1950.
 Cobo 1956b.
 Concejo Provincial de Lima 1935-64,
 XXIII.
 Contreras 1968.
 Guamán Poma de Ayala 1980a.
 Lewin, ed., 1958 [para su atribución a Pe-
 dro de León Portocarrero véase Loh-
 mann 1970].
 Montesinos 1640.
 Pérez Gallego 1945.
 Salinas y Córdova 1957.
 Suardo 1936.
 Vargas Ugarte 1953.
 Vázquez de Espinosa 1948.
- Fuentes secundarias*
 Bakewell 1984.
 Birckel 1970.
 Boswell 1989.
 Bowser 1974.
 Bronner 1966, 1977, 1978, 1979.
 Burga 1989.
 Busto Duthurburu 1992.
 Celestino 1992.
 Cook 1976, 1990.
 Cross 1978.
 Cussen 1996.
 Charney 1988, 1991, 1996, 1998.
 Domínguez Faura 1988.
 Durán Montero 1992.
 Egaña 1966.
- García de Proodian 1966.
 Glave 1993.
 Griffiths 1996.
 Guibovich Pérez 1990.
 Günther Doering y Lohmann Villena
 1992.
 Hamnett 1973.
 Hardoy y Aranovich 1969.
 Harth-Terré 1973.
 Hobermann 1991.
 Iwasaki Cauti 1994.
 Lavallé 1982.
 Lohmann Villena 1964, 1970, 1987.
 Lowry 1988, 1991.
 Mannarelli 1993.
 Martín 1983.
 Medina 1956 [1887].
 Millar Corbacho 1983.
 Mills 1994b.
 Nieto Vélez 1980.
 Osorio 1999a, 1999b.
 Quiroz Chueca 1995.
 Quiroz Chueca y Quiroz Chueca 1986.
 Quiroz Norris 1985.
 Ramos 1991.
 Reparaz 1976.
 Rodríguez Vicente 1956, 1960.
 Suárez 1993a, 1993b, 1993c, 1995.
 Tardieu 1987, 1989, 1993.
 Thompson 1995.
 Tizón y Bueno 1935.
 Vergara Ormeño 1995.
 Vila Vilar 1977.
 Wachtel 2001.